LIBRO DE HECHOS

Lección 32, Capítulo 14 y 15

Nuestro estudio de hoy de Hechos 14 nos sitúa en el punto medio de nuestro estudio de Hechos, pero también completa, en esencia, el trasfondo contextual necesario para comprender lo que viene después en el capítulo decisivo 15. Por eso hoy examinaremos de cerca algunas cosas para asegurarnos de comprender bien ese contexto tan importante. Por lo general, se describe el capítulo 15 como la reunión del Concilio de Jerusalén, cuando Pedro, Pablo y Jacobo se reúnen con otros dirigentes de Jerusalén de El Camino para abordar expresamente el asunto polémico y espinoso de la inclusión de los gentiles en el movimiento. No creo que necesariamente fuera el propósito de Lucas escribir Hechos de tal manera que condujera a este momento decisivo; más bien, como sus escritos son inspirados divinamente, así fue como terminó desarrollándose todo al mirar los hechos en retrospectiva.

No perdamos tiempo y entremos de lleno en este capítulo volviendo a leerlo completo.

VOLVER A LEER TODO HECHOS 14

Bernabé y Pablo están ahora en Iconio, después de haber sido expulsados por la fuerza de Antioquía de Pisidia. Siguiendo su patrón habitual, fueron inmediatamente a la sinagoga local y tuvieron cierto éxito al persuadir a algunos miembros de la congregación —tanto judíos como gentiles temerosos de Dios— para que creyeran en el mensaje del Evangelio. Sin embargo, los judíos que rechazaron el mensaje (la mayoría) acudieron a los gentiles de la localidad con la esperanza de conseguir su apoyo y aumentar la presión contra Pablo y Bernabé para que se marcharan.

Parece que, como lectores modernos de este relato, siempre nos quedamos sin una respuesta clara cuando intentamos comprender exactamente qué había en el mensaje de Pablo que provocaba tanta furia entre judíos y gentiles, prácticamente adondequiera que iba. Lo comentamos un poco la vez pasada, pero quiero retomarlo porque es importante que, como seres humanos pensantes y, en particular, como

creyentes, reflexionemos sobre el «porqué» del enojo y la violencia dirigidos especialmente contra Pablo (aunque otros discípulos también sufrieron). Ese «porqué» desempeña un papel importante en el resultado del Concilio de Jerusalén que se relata en el capítulo siguiente. Puedo asegurarles que no había una sola razón; además, la identidad de quienes se indignaban dependía en gran medida de si eran judíos, gentiles temerosos de Dios o gentiles paganos. Quizá parezca mucho que considerar, pero creo que es importante porque, como seguidores del Mesías, cada uno de nosotros ha recibido el encargo de difundir el Evangelio. No debemos dejar esa tarea en manos de otros. Por eso necesitamos comprender que distintas personas responderán de manera diferente a nuestro mensaje según sus antecedentes, su religión actual, su edad, su grupo étnico e incluso la mentalidad social y políticamente correcta del momento. En Estados Unidos, el único peligro real al evangelizar a nuestra familia o comunidad suele ser que nos rechacen. Pero en otras partes del mundo, evangelizar conlleva la posibilidad de ser atacado e incluso asesinado.

Así que lo primero que me pregunto es: si a estas personas no les gustaba el mensaje de Pablo, ¿por qué no se marchaban, le decían que estaba equivocado o simplemente lo ignoraban? En primer lugar, los gentiles paganos locales del Imperio romano se enorgullecían de su actitud de tolerancia religiosa. Al movimiento interreligioso moderno le habrían encantado: consideraban que todas las religiones, todos los dioses y todos los libros sagrados eran igualmente válidos y valiosos. Pero a los gentiles paganos los judíos les parecían la encarnación de lo contrario a todos los valores romanos. Los judíos no respetaban las demás religiones ni a sus numerosos dioses, e insistían en que solo existía un Dios: el suyo, el Dios de Israel. Todo en los judíos transmitía exclusividad: tenían su propia manera de comer, un día especial de la semana en el que se negaban a trabajar; no tenían altares domésticos ni ofrecían sacrificios; no participaban en las populares y tradicionales fiestas nacionales dedicadas a los dioses, e incluso habían conseguido que bastantes gentiles abandonaran las religiones mayoritarias y se unieran al judaísmo. La comunidad judía de la diáspora había aprendido a equilibrar la necesidad de convivir pacíficamente en una sociedad dominada por gentiles con la de observar el judaísmo. Por eso, para los gentiles paganos, Pablo era un judío radical e irritante. Representaba la

intolerancia y el desprecio por todo lo que no coincidiera con sus creencias; esa actitud de rechazo amenazaba la estabilidad civil y la paz del Imperio romano, diverso en términos étnicos. La solución, por tanto, era silenciarlo o expulsarlo de la ciudad.

En cuanto a los gentiles temerosos de Dios, sus maestros judíos les habían enseñado a obedecer y depender de la **Halakhah**: la Ley judía. En algunas ciudades se les permitía participar en la sinagoga local sin someterse a la circuncisión y convertirse así en judíos, por lo que valoraban mucho ese privilegio y la relación que conllevaba con la comunidad judía. Quizá los jóvenes de hoy no lo sepan, pero hace apenas unas décadas, en Estados Unidos, una parte importante de la identidad personal dependía de la iglesia a la que uno asistía. Al recordar mi juventud, no recuerdo haber oído hablar de ningún ateo en las comunidades donde viví. De hecho, se miraba con sospecha y desprecio a quien afirmaba ser cristiano pero no asistía a una iglesia. La iglesia a la que se asistía decía mucho sobre la posición socioeconómica y sobre si uno formaba parte del grupo aceptado o vivía en los márgenes de la sociedad local. Esta misma dinámica social era aún más intensa en el Imperio romano de los tiempos del Nuevo Testamento. Por eso, los gentiles temerosos de Dios que abandonaban sus religiones paganas tradicionales y se unían a los judíos ponían en gran riesgo su posición social y sus relaciones, especialmente con familiares y amigos. Adoptar la fe judía tenía costos reales y tangibles para un gentil.

Entonces aparece este hombre, Pablo, y les dice a los miembros de la sinagoga que al menos una parte de su teología está equivocada. Más aún, mientras Pablo afirmaba que los temerosos de Dios no tenían que convertirse en judíos para ser salvados por Yeshua, la facción de la Circuncisión entre los creyentes les decía exactamente lo contrario. Cualquiera que fuera la decisión de estos gentiles temerosos de Dios sobre el asunto, y cualquiera que fuera la opción que los judíos de su congregación consideraran necesaria para que siguieran en comunión con ellos, tendría un efecto importante en su relación tanto con sus amigos judíos como con sus amigos gentiles. Era una situación sin salida para los temerosos de Dios: eligieran lo que eligieran, habría consecuencias negativas.

Los judíos también se atenían a la **Halakhah** —esa combinación de la Ley de la Torá, las tradiciones y las costumbres—, pero en un grado mucho mayor que los temerosos de Dios. Por eso, el mensaje de Pablo era difícil de aceptar para los judíos. La cuestión del Mesías era sumamente polémica; en aquellos días aparecía y desaparecía con regularidad una sucesión de personas que se proclamaban mesías. Y poco de lo que se sabía de este Yeshua, que había vivido tan lejos, en Galilea, correspondía a lo que se enseñaba a los judíos que un Mesías debía ser y hacer. Pero no cabe duda de que el aspecto del mensaje del Evangelio que llevó a tantos judíos a actuar violentamente contra Pablo y otros seguidores de El Camino fue la insistencia en que Yeshua no solo era el Mesías, sino también Dios. Para la mayoría de los judíos, esto era una blasfemia y una idolatría de proporciones casi inimaginables.

Hoy es común, especialmente en Israel y entre los ortodoxos, describir a un cristiano que evangeliza a los judíos como alguien que intenta robarles el alma. Los judíos se toman muy en serio esta acusación. Por eso, en Israel, incluso hablar de Yeshua a un menor de 18 años es un delito grave por el que se puede ser arrestado y condenado a prisión. La mayoría de la comunidad judía de la diáspora habría tenido una mentalidad similar respecto de Pablo y los demás evangelistas: desde su perspectiva, aceptar la propuesta de adorar a un carpintero fallecido de Nazaret habría destruido su relación con Yehoveh. Y, dado que la Ley de Moisés castigaba la blasfemia y la idolatría con la muerte, les parecía perfectamente justificable intentar matar a Pablo. Desde su perspectiva, eso no era en absoluto un asesinato, sino justicia. De hecho, probablemente consideraban un acto de misericordia que a Pablo simplemente lo golpearan, lo expulsaran de la ciudad y le dijeran que no regresara.

Así que, fueran paganos, temerosos de Dios o judíos, el problema fundamental con Pablo y El Camino era que el mensaje del Evangelio constituía una invitación radical a la blasfemia y una incitación a la inestabilidad civil. Con esto en mente, continuemos con el versículo 3 de Hechos 14.

La respuesta de Pablo y Bernabé ante las amenazas y la persecución fue la contraria a lo que muchos haríamos hoy en una situación semejante: permanecieron en Iconio y siguieron predicando la verdad. De hecho, se

quedaron bastante tiempo y no buscaron compromisos; hablaron con valentía. Pero no debemos pasar por alto que lo que parece haberles conseguido tiempo y atención fueron los milagros que acompañaban su predicación. En la Biblia, los milagros suelen servir como confirmación de algo; en este caso, confirmaban la verdad del amor de Dios por todos los pueblos de la tierra, que era el núcleo de lo que enseñaban Pablo y Bernabé. Aun así, los habitantes de Iconio estaban divididos respecto de su mensaje. Aquí hay un cambio sutil que no debemos pasar por alto: se nos dice que la gente de la CIUDAD estaba dividida respecto de ellos, no que estuviera dividida la gente de la sinagoga. Esto significa que Pablo y Bernabé ya no predicaban en la sinagoga, sino en distintos lugares de la ciudad de Iconio y sus alrededores. También significa que ya no se dirigían a gentiles temerosos de Dios, que ya estaban dedicados al Dios de Israel; ahora llevaban su mensaje a paganos que desconocían por completo las Sagradas Escrituras.

Sin embargo, con el tiempo —no sabemos cuánto—, la oposición se volvió tan feroz que se hicieron planes para causarles un daño grave a Pablo y Bernabé. Se enteraron de esos planes y salieron de Iconio rumbo a las ciudades de Listra y Derbe. Esta vez no se menciona que fueran a una sinagoga a predicar, probablemente porque esas dos ciudades romanas no tenían sinagogas. Mientras predicaban ante una audiencia mixta de judíos, temerosos de Dios y paganos, se encontraron con un hombre de la localidad que era cojo desde su nacimiento. La descripción de la curación de este hombre por Pablo se parece mucho al relato anterior de la curación milagrosa de un cojo por Pedro en Hechos. No tengo muchas dudas de que, entre los numerosos milagros que se nos dice que realizó Pablo, Lucas eligió contar este precisamente para establecer un paralelismo entre los ministerios de Pablo y Pedro. ¿Por qué? Porque quería demostrar que Pedro y Pablo eran iguales en misión, autoridad, dedicación, capacidad y fidelidad. Lucas, un gentil temeroso de Dios, tenía un interés especial en mostrar que el apóstol de los judíos, Pedro, y el apóstol de los gentiles, Pablo, ocupaban el mismo nivel ante los ojos de Dios, porque Dios había puesto al mismo nivel a los creyentes judíos y gentiles.

Cuando Pablo vio que el hombre gentil y cojo de Listra creía lo que él proclamaba acerca de Yeshua, tuvo suficiente fe para obedecer la orden

de Pablo de ponerse de pie… por primera vez en su vida… y, en efecto, fue sanado. La multitud se desbordó de entusiasmo. La mayoría eran habitantes de Listra que hablaban su propio dialecto; por eso, cuando comenzaron a gritar alegremente, Pablo no tenía idea de lo que decían. Resultó que aquellas personas pensaban que Pablo y Bernabé eran dioses. Claro que eso pensaban: todos interpretamos lo que vemos y oímos dentro del contexto de nuestra cultura, idioma, experiencias y circunstancias conocidas. Creían que Bernabé era Zeus y Pablo, Hermes. Esto constituye una gran lección sobre las dificultades de cruzar fronteras culturales y lingüísticas, especialmente al tratar con la Biblia. Pablo y Bernabé querían decir una cosa —en el contexto de la cultura hebrea—, pero los habitantes de Listra lo entendieron dentro de su propio contexto cultural. Eso es lo que ha ocurrido dentro del cristianismo: nuestra fe se basa por completo en una religión cultural hebrea, pero durante siglos se ha reinterpretado dentro de un contexto cultural gentil. Los habitantes de Listra entendieron tan mal el mensaje que, aunque para nosotros la escena resulta cómica, Pablo y Bernabé casi sufrieron un colapso nervioso.

A menudo he dicho que, si nuestro Mesías, profundamente judío, Yeshua, regresara hoy y entrara en una iglesia occidental típica, se quedaría asombrado y confundido por lo que vería, porque mucho de ello no se parece en nada a lo que quiso o pretendió. Esto se debe a que el cristianismo, en general, sostiene que el contexto histórico y cultural no debe desempeñar ningún papel en la interpretación de las Sagradas Escrituras. Por eso la Iglesia se opone con tanta fuerza a la idea de que nuestra fe provenga de raíces hebreas. Y por eso existe Seed of Abraham Torah Class: para intentar recuperar al menos una parte de lo que se quiso transmitir, aunque no pretendamos restablecer una cultura de la época bíblica.

Que los habitantes de la zona creyeran que Pablo y Bernabé eran Zeus y Hermes también es interesante, porque estos eran dioses del panteón griego. Sus equivalentes romanos eran Júpiter y Mercurio. Por tanto, Listra estaba más vinculada con un estilo de vida griego que con uno romano. La comedia continúa cuando el sacerdote local del templo de Zeus corre a recibir a su dios —Pablo—, llevando animales para sacrificarlos en su honor. Cuando Pablo y Bernabé finalmente

comprendieron lo que estaba pasando, quedaron horrorizados. Protestaron diciendo que no solo no eran dioses, sino que tampoco eran seres humanos divinos. Eran personas comunes, iguales a todos los presentes.

Como la audiencia de Pablo era pagana, no podía hablarles del mismo modo que a los temerosos de Dios. Estos paganos no sabían nada de los Profetas ni de la Ley de Moisés, así que Pablo les habló en términos de revelación natural. Es decir, la existencia de Dios resulta evidente por todas las cosas buenas que hace por los pueblos de la tierra, como enviar lluvias que hacen crecer los cultivos y les proporcionan alimento. Pablo dice que en épocas pasadas el Señor pasó por alto esos estilos de vida paganos y permitió que la gente siguiera sus propios caminos. Pero eso está cambiando.

Las llamadas siete Leyes Noájidas son el ejemplo perfecto de revelación natural que cualquier ser humano puede reconocer y seguir, tenga o no la Torá para consultar. Sin embargo, aquí, en Hechos 14:16, Pablo se refiere a esta revelación natural en un sentido muy limitado. El versículo anterior dice: **«Apártense de estas cosas inútiles y vuélvanse al Dios vivo, que hizo el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos».** En otras palabras, por el momento Pablo solo quiere establecer que el Dios de Israel es el Creador de todas las cosas. Así, la revelación natural del agua que cae del cielo por sí sola y el milagro de los alimentos que crecen espontáneamente de la tierra constituyen pruebas suficientes de que ningún pueblo, en ningún lugar, tiene excusa para no reconocer a Yehoveh como Dios Creador.

Quiero detenerme un momento para comentar algo sobre Pablo y lo que dice en Hechos y en sus epístolas. La persona a quien habla y la situación en que se encuentra son de gran importancia. Cuando habla con judíos, se expresa de una manera determinada porque ellos tienen antecedentes hebreos y conocen los Profetas y la Ley de Moisés, así que puede explicar y persuadir usando las Escrituras. Pero cuando habla con gentiles, especialmente paganos, utiliza términos generales que no están pensados para que nosotros, 2.000 años después, los diseccionemos y examinemos palabra por palabra. En particular, esas declaraciones no deberían usarse para formular doctrinas de la Iglesia. Dependiendo de su audiencia, Pablo

simplifica mucho los asuntos y usa un lenguaje lo bastante general para que los paganos que no saben nada de la Torá ni de los Profetas —y mucho menos de los patriarcas, los pactos o la redención— puedan captar la idea principal, aunque su comprensión sea limitada. Aquí, en Hechos, Pablo habla a personas que desconocen por completo la fe hebrea. Por desgracia, muchos también habrían visto reforzadas sus ideas estereotipadas sobre los judíos, y sin duda se sintieron insultados cuando Pablo calificó de «cosas inútiles» sus preciadas ofrendas sacrificiales que le llevaban, así como sus ceremonias sagradas, sus ídolos y los sacerdotes que participaban en ellas. Pablo dijo la verdad, pero la expresó con demasiada dureza. Su lengua áspera le causó problemas en numerosas ocasiones.

La multitud desistió de ofrecer sacrificios a Pablo (porque pensaban que era Zeus), pero luego nos enteramos de que algunos judíos incrédulos de Antioquía de Pisidia y de Iconio, que se habían opuesto a Pablo en sus ciudades, llegaron a Listra para provocar problemas. Incitaron a la multitud de Listra, que sin duda seguía molesta por haber oído que su apreciado sistema religioso y sus imágenes eran inútiles. Apedrearon a Pablo y, al parecer, quedó inconsciente mientras lo golpeaban con piedras. Todos pensaron que estaba muerto, pero sobrevivió y al día siguiente, según se nos dice, regresó directamente a Listra. Aun así, quizá lo hizo solo para dejar claro que no se dejaría intimidar; al día siguiente, él y Bernabé partieron hacia Derbe.

Se nos dice que proclamó las Buenas Nuevas «en aquella ciudad». Esto implica que Derbe tampoco tenía sinagoga y que predicó a los habitantes en las calles. No sabemos nada más de lo que ocurrió allí, salvo que algunos residentes se hicieron creyentes. Después volvió sobre sus pasos y se detuvo a visitar a los creyentes que había ganado en Listra, Iconio y Antioquía. El propósito declarado era fortalecerlos. Sin duda, lo necesitaban después de ver a su líder, Pablo, golpeado y expulsado; aquello debió de causarles temor. En todo el Nuevo Testamento vemos que los nuevos creyentes sufren muchas tribulaciones, de modo que en aquella época era bastante normal que fueran tratados con dureza. Por eso Pablo les dice que debemos entrar en el Reino de Dios a través de muchas dificultades. ¡Qué contraste con tanta predicación moderna que parece insinuar que, si venimos a Cristo, podemos esperar una vida fácil,

libre de enfermedades y problemas de ahí en adelante! Comprender que aceptar al Mesías puede causarnos más dificultades que antes de llegar a la fe cambia nuestro propósito al buscar la salvación: dejamos de centrarnos en nosotros mismos y nos centramos en Dios; pasamos de querer resolver nuestros problemas y vivir cómodamente a estar dispuestos a servir a nuestro Señor, sin importar lo incómodo que resulte ese servicio ni el costo que tenga para nosotros.

Pero, como Pablo y Bernabé sabían que seguirían adelante, era necesario establecer una estructura adecuada en cada grupo de creyentes para que pudiera funcionar como comunidad en su ausencia. Por eso eligieron a ciertos hombres como ancianos (líderes) y los encomendaron mediante la oración. Después partieron hacia Panfilia. En esa provincia hablaron en la ciudad de Perge. Desde allí fueron al puerto de Atalia, también en Panfilia. Consiguieron pasaje en un barco que los llevó de regreso a Antioquía de Siria, donde había comenzado su viaje misionero. Al llegar, informaron a los creyentes de la sinagoga de Antioquía de todo lo que había ocurrido y de que habían evangelizado con éxito a muchos gentiles. Permanecieron en Antioquía durante un tiempo indeterminado, sin duda para descansar, recuperarse y fortalecerse.

Tengan presente que el centro de las actividades de Pablo era la sinagoga de Antioquía del Orontes, del mismo modo que el centro de las actividades de Pedro era Jerusalén, en la Tierra Santa. Los dirigentes de El Camino residían en Jerusalén, y Jacobo era el líder principal. Así que eran los judíos de la diáspora y los gentiles temerosos de Dios quienes financiaban la misión de Pablo entre los gentiles. Dicho de otra manera: en aquella época había dos centros principales de evangelización: Antioquía del Orontes y Jerusalén. Y, como pueden imaginar, los creyentes dirigidos por Jacobo y Pedro no coincidían en todos los asuntos con los creyentes dirigidos por Pablo. Este es otro elemento clave que debemos comprender al entrar ahora en Hechos 15.

LEER TODO HECHOS 15

Pablo y Bernabé todavía están en Antioquía del Orontes cuando llegaron algunos judíos sin invitación y comenzaron a enseñar que un gentil que quisiera confiar en Yeshua para recibir la salvación debía circuncidarse.

Es decir, esos gentiles tenían que convertirse y hacerse judíos. Tengan en cuenta que eran judíos creyentes procedentes de Judea que formaban la facción de la Circuncisión. Esos judíos de Judea estaban bajo la influencia de los dirigentes de El Camino en Jerusalén; así vemos un ejemplo de los puntos de vista enfrentados entre los creyentes judíos de la Tierra Santa y los creyentes judíos de la diáspora.

Antes de emprender un estudio casi palabra por palabra de Hechos 15, creo que conviene equilibrarlo con un breve relato de Pablo sobre su perspectiva del Concilio de Jerusalén —el acontecimiento central de Hechos 15— tal como lo cuenta en Gálatas 2. Recuerden: en Hechos tenemos la perspectiva de Lucas sobre lo ocurrido, y él no fue testigo presencial. Más bien, reunió informes confiables de varias fuentes después de los hechos, aparentemente poco tiempo después. En Gálatas, en cambio, escuchamos a uno de los participantes del Concilio de Jerusalén, Pablo, que nos ofrece su punto de vista personal sobre lo sucedido.

LEER GÁLATAS 2:1-10

Pablo explicó que la reunión del Concilio de Jerusalén fue solo para los dirigentes. También subraya que se celebró en privado. Hay una razón para ello: la privacidad era una preocupación importante. A Pablo le preocupaba mucho todo el trabajo que había realizado entre los gentiles, porque si los dirigentes oficiales de El Camino no lo aprobaban ni le daban su respaldo, todo habría sido en vano. No hay indicios de lo que habría hecho si no hubiera recibido el apoyo de los dirigentes. Pero, ahora que conocemos mejor a Pablo, su voluntad de hierro y su confianza intrépida en que tenía razón, cabe preguntarse si se habría sometido o si se habría rebelado, seguido su propio camino y formado una facción independiente de creyentes. Afortunadamente, las cosas salieron bien y nunca lo sabremos.

En definitiva, Pablo sabía, por haber sido fariseo y haber vivido en Jerusalén, así como por conocer las posturas doctrinales rígidas y ultrapiadosas que los judíos de Jerusalén solían adoptar en asuntos religiosos, que existía un peligro real de división. Así que, obedeciendo

una revelación que le indicó que acudiera a los dirigentes de Jerusalén, fue allí con cierta ansiedad.

En Gálatas descubrimos que Tito, que era joven, acompañó a Pablo a Jerusalén, y que los dirigentes de Jerusalén no obligaron a Tito a circuncidarse para seguir siendo miembro del grupo. Recuerden: TODOS los dirigentes de El Camino eran judíos, y Tito era gentil. Sin duda, la decisión de no exigirle la circuncisión fue un gran alivio para Pablo, porque le reveló casi todo lo que necesitaba saber: los dirigentes de El Camino no respaldaban la insistencia de la facción de la Circuncisión en que los gentiles creyentes debían convertirse, en esencia, en judíos creyentes. De hecho, Pablo afirma que quienes llegaron a Antioquía insistiendo en la circuncisión de los nuevos creyentes gentiles eran «falsos hermanos». Este es un término que veremos usar a Pablo en algunas de sus epístolas y debemos tener cuidado al interpretarlo. Pablo considera que quienes discrepan demasiado de su teología no son lo bastante auténticos en su fe mesiánica como para ser considerados creyentes. Es muy difícil determinar si Pablo quiere decir, en el sentido extremo, que literalmente nunca fueron creyentes verdaderos y que fingieron deliberadamente serlo para infiltrarse y causar daño. O quizá, desde la perspectiva de Pablo, un «falso hermano» era alguien que sinceramente se consideraba creyente en Yeshua, pero estaba sinceramente equivocado. Es decir, lo que estos llamados «falsos hermanos» creían estaba tan alejado de la doctrina correcta que no correspondía considerarlos creyentes legítimos. Después de sopesarlo todo, opino que esto último es lo que Pablo quiere decir. Para Pablo, «falso hermano» es una expresión despectiva dirigida a quienes profesan ser creyentes —en particular, creyentes judíos— pero no alcanzan el estándar de fe que él considera necesario para ser verdaderos creyentes.

En Gálatas también vemos que Pablo tenía sentimientos encontrados respecto de los dirigentes de Jerusalén. En su opinión —y recordemos que Pablo provenía de un trasfondo fariseo estricto—, algunos de esos dirigentes no parecían la clase de líderes a los que estaba acostumbrado a someterse. Pero, como él mismo dice, «no me añadieron nada». En otras palabras, no le impusieron reglas ni cargas, algo que sin duda temía que pudiera suceder.

Más bien, el Pablo sumamente organizado describe el resultado del Concilio como una confirmación de su lugar como principal emisario a los gentiles y del lugar de Pedro como principal emisario a los judíos. Esto tenía dos caras. Desde el punto de vista organizativo, convirtió a Pedro y Pablo en iguales, con Pedro a cargo de una tarea y Pablo de otra. Por otro lado, muestra que se había desarrollado una división definida, de modo que Pedro y Pablo serían comparados y contrastados naturalmente en todos los aspectos imaginables: autoridad, inteligencia, grado de éxito, etc. Esto se relaciona con lo que dije sobre el capítulo 14 de Hechos: cuando Lucas nos cuenta que Pablo sanó al cojo de Listra, el propósito de informar sobre ese milagro particular —entre muchos otros que no se relataron— era ayudar a establecer que Pedro y Pablo eran iguales y que ninguno tenía más influencia que el otro.

Me resulta fascinante que, en la Iglesia occidental gentil, la preeminencia de Pablo se convirtiera en la norma. ¿Y por qué? Es evidente: la misión de Pablo era entre los gentiles, mientras que la de Pedro era entre los judíos. Y a la Iglesia no le gustaban los judíos. Las declaraciones de Pablo se convirtieron en la base de gran parte de la doctrina de la Iglesia, mientras que Pedro quedó reducido a un personaje más simpático e impulsivo, amado y digno de confianza para Jesús, pero poco más. Por supuesto, también se considera a Pedro fundador de la Iglesia católica. Sin duda, esta es también una de las razones por las que, muy al principio del cristianismo, como atestigua el Padre de la Iglesia Juan Crisóstomo en su comentario sobre Hechos, el libro de Hechos apenas se conocía dentro de la Iglesia. Es decir, la Iglesia había elevado generalmente las ideas de Pablo por encima de las de cualquier otra persona en la Biblia. Pero el libro de Hechos presenta a Pedro como igual a Pablo. Algo tenía que ceder.

La próxima semana comenzaremos a analizar en profundidad Hechos 15.